

bas de que magestuosamente se servia Sinfonio para ocultar á los ojos de *Ines* el error de las supersticiones paganas.

¡Cuán poco luminosa es vuestra autoridad, ó inútiles efugios de la prudencia humana, para llevaros tras sí un espíritu que está guiado por la fe! La que tenia *Ines* penetraba mucho mas allá de donde llegaban las astucias que por un zelo político estaban diestramente preparadas. No porque las habia concebido quiso por entónces destruirlas: su zelo tomó una determinacion mas noble y generosa. Pereced, dixo ella, pereced, dioses frívolos é indignos, que no habeis hecho el cielo ni la tierra. *Dii, qui caelum & terram non fecerunt, pereant* (1). No, no haya miedo que jamas doble yo la rodilla delante de unos simulacros que son obra y oprobio de la supersticiosa credulidad. Si el imperio les adora, yo les menosprecio. Roma alaba su poder, y yo se le niego. Los céspedes protegen y fomentan su culto, y yo le aborrezco.

Aquello, hermanos míos, no era otra cosa en sustancia que insultar al paganismo y defender á la Religion christiana: *Ines* irritaba á sus enemigos, pero les debia tambien asombrar. En efecto, ¿quanto no se sorprendieron, como dice San Ambrosio, quando la oyeron dar el mas eloqüente testimonio á la divinidad? *Stupéte universi, quod jam divinitatis testis existeret* (2). ¿Que Religion hay, de-

(1) Jerem. c. 10. v. 11.

(2) Ambros. lib. 1. de Virg.

cia ella, como la mia? Los Profetas la han anunciado tan antigua como el mundo, y un diluvio fué el que la estableció. Comprobada con el resplandor de los milagros, y acrecentada con el fuego de la persecucion, llega la sangre de los mártires á ser triunfo suyo. Sobre el sepulcro mismo de sus discípulos se ensalza y acrecienta. Dispersadas sus cenizas, no por eso dexan de asegurarla conquistas hasta en los climas mas remotos.

¿Que Dios hay que se pueda igualar con el que yo adoro? Engendrado, digámoslo así, entre el esplendor de los santos, es hijo del Padre, igual á este, superior á todos los seres, autor de todo lo criado, é independiente de todo. *Cujus Pater feminam nescit* (1). El existía antes del nacimiento de los siglos: nacido en tiempo, é hijo de una Virgen Madre. *Cujus Mater Virgo est*. El es á quien reconocen los Angeles por su Señor, y cuya voz obedecen. *Cui serviunt Angeli*. Sin embargo de que no cesa de colmarnos de beneficios, jamas sus liberalidades agotan sus riquezas. *Cujus opes nunquam deficiunt*.

¿Es David el que refiere la eterna generacion del Verbo? ¿Es Isaías el que señala la anticipada gloria del Mesías? ¿Es San Pablo el que profundiza los sublimes misterios de la Encarnacion, de la gracia, de la salvacion y de la Religion toda? No por cierto: yo creo que es *Ines* quien hace todas estas cosas. Es una virgen, y una virgen que no tiene mas
Tom. II. O edad

(2) Act. S. Agnet. apud Bolland.

edad que la de trece años. ¡Que testimonio tan admirable de Jesu-Christo! ¡Que panegirista de su divinidad! *Divinitatis testis*. Divididos el juez y los espectadores entre la confusion, el furor y el asombro, se vieron á un mismo tiempo llenos de admiracion, confundidos y arrebatados. Se estremecian y se admiraban. *Stupéte universi* (1). ¡Que cosa tan maravillosa es la virtud de la fé, concluye San Ambrosio, quando vemos que para su defensa se escuda con unos apologistas tan débiles por su edad y tan fuertes por su heroismo.

Pea aun no se creía vencida la humillada idolatría. Lo que hizo fue llevar con mucho estrépito al templo de los falsos Dioses á aquella que no se habia detenido en insultar su vano poder. Presentóse *Ines* en él delante de los altares. ¡De que zelo tan maravilloso se hallaba allí nuevamente poseida! A presencia de los mismos idolos se atrevió á menospreciar su venganza, a mofarse de sus adoradores, á hacer ver el escándalo de sus fiestas y la supersticion de su culto. No tuvo dificultad en celebrar delante de los Dioses de Roma la gloria del Dios á quien aquella ciudad perseguía, ensalzar su grandeza, publicar su misericordia y anunciar su justicia. ¡O santo atrevimiento! ¡ó terrible espectáculo de la idolatría y de sus zelosos defensores! *Stupéte universi*. Aun á vista de esto se intentaba obligarla á que ofreciese con sus manos aquel vil incienso; pero ella permanecia inmovil. Se la persua-

(1) Ambros. lib. 1, de Virg.

suadia á que se entregase al placer de una fingida adoracion; pero ella se resistia y lo rehusaba. Al ver una tenacidad semejante, pidieron los Dioses ofendidos, por boca de infinitos de sus adoradores, la muerte de aquella de quien no podian conseguir homenajes. La indignacion ocupó el lugar de la piedad. Ya desde aquel instante no se reparaba en la corta edad. *Ines* era enemiga de los Dioses, con que se hacia culpable, y por consecuencia debia perecer. La Religion de Jesu-Christo encontró en ella un nuevo testimonio que darles. *Testes*. Era menester que con ella se inmolasen á los Dioses una nueva víctima. *Victimas*.

El ver en los principios de la Iglesia llevar á sus defensores de tribunal en tribunal y de suplicio en suplicio, era, aunque muy triste, una cosa ordinaria. El cuchillo, los cadalsos y las hogueras, eran los terribles medios de que se valian el judaísmo y la idolatría para arrebatar al christianismo sus defensores. Las huellas de sus primeras conquistas estaban señaladas con arroyos de sangre. El Universo se habia armado contra aquellos que eran solamente enviados para convertirle y salvarle.

Habiendo heredado *Ines* su espíritu, quería tambien participar de su recompensa. Ya no eran razones las que se empleaban contra su fé, sino tormentos. Pero, ¿que juez será el que se atreva á pronunciar una sentencia decisiva de muerte contra aquella á quien debe su vida el hijo del prefecto de Roma? ¿Pues que? ¿se ha olvidado el ingrato Sin-

fronio del singular beneficio que debe á las oraciones de *Ines*? ¡O reconocimiento! ¿Te hallas acaso sin ningun derecho sobre un corazon idólatra? Es verdad que la política del gobernador estaba indecisa, porque conocia la virtud de *Ines*; pero Roma no descubria en ella mas que delitos. ¿De que siniestros medios se valdria él para conciliar su aparente zelo por los ídolos con su secreta veneracion por su protectora? Lo que hizo por decontado, fué entregar á manos extrañas la suerte de esta Heroyna. Alargóse á otro juez el lugar que él ocupaba en el tribunal. Aspasa, cuyos ojos centelleaban, cuyo semblante descubria su furor, y cuyas manos gotaban todavía sangre de los christianos, fué el que en el tribunal de la justicia ocupó aquel distinguido lugar. En él no se conocian aquellas interrogaciones siniestras ni aquella disimulada bondad con que embaraza, sorprende y lisongéa á sus víctimas la prudencia humana antes de inmolarlas. Sabia que los encantos mas atractivos no habian podido seducir á *Ines*: que las amenazas mas terribles no la habian podido humillar; y así solo presentaba á su vista el sangriento aparato de su suplicio. *Ines* miraba con suma tranquilidad las cadenas que la estaban aguardando. Aun ignorando todavía como habia de ser su muerte, se habia dispuesto ya su corazon para sufrirla. *Adbuc mori nescia, jam parata* (1).

Exe-

(1) Ambros. lib. 1. de Virg.

Executad, ministros encargados de cortar-me el hilo de la vida, executad, decia ella, las órdenes que se os han comunicado. No, no penseis que habeis de hacer morir en mí sino lo que es puramente mortal. El alma que poséo, es una joya sobre la qual no tiene ningun derecho el fiero acero de la idolatría. Al oír estas palabras, pronunció el juez su sentencia y fué condenada *Ines* al suplicio del fuego. Lo mismo fué saberlo que apoderarse de ella una excesiva alegría. El lugar de su sacrificio la parecia un trono del que iba á tomar posesion. Corrió ácia él con aquella firmeza varonil que solo inspira la Religion. *Ad supplicii locum læta, festiva processit* (1).

Preparóse la hoguera, encendióse la llama, y todo causaba horror; de modo, que hasta en los corazones mas bárbaros é iniquos se dexaba percibir el sentimiento. Yo no puedo explicar mas bien que con el silencio la consternacion que se esparció, y la lástima y el terror que se advertia á vista de semejante espectáculo. Ya me parece que no se percibe otra cosa que las esparcidas porciones de un cuerpo consumido por el fuego destructor.

¡O que prodigio! como que perdian las llamas su actividad para con *Ines*. Al modo que si su cuerpo estuviese espiritualizado, se notó, no sin admiracion, que no la habia hecho ningun daño. Las llamas de que estaba rodeada la respetaban; y la hoguera que debia destruir

Q 3

(1) Ambros. lib. 1. de Virg.

truir y consumir la víctima, hacia mas resplandeciente su victoria. Aquel mismo fuego que respetó á *Ines*, fué el que tambien la vengó y á la Religion con ella. Dividense las llamas: *In duas partes flammæ scinduntur* (1): y con su separacion llevan repentinamente entre los enemigos de *Ines* la desolacion, la destruccion y la muerte. Los sediciosos espectadores de su suplicio llegaron ellos mismos á ser las desgraciadas víctimas de aquel fuego. Al modo que un imprevisto incendio, ó unas rápidas centellas llevan por los parages circunvecinos las llamas, la desolacion y la muerte, no dexando por todas partes sino tristes señales de su ruina, se extendieron contra aquellos malvados las horribles llamas del injusto suplicio.

Pero por desgracia los prodigios que obró Moyses á vista de Pharaon, no sirvieron de otra cosa que de endurecer mas bien el corazon de aquel desgraciado príncipe. No de otra suerte admiraron al pueblo que los veía los milagros que justificaban la fé de *Ines*, supuesto que solo le sirvió para asegurarse mas en su ceguedad.

¡Que cosas tan terribles se me representan á la imaginacion! ¡O crueldad! ¡O bárbaro juez! Da este por fin otra nueva sentencia, y aquella que no habia podido perecer á impulsos del fuego murió por el cuchillo. Ya se dexaba ver el hierro que aun estaba teñido con la sangre de infinitos christianos.

Hie-

(1) Ambros. lib. 1. de Virg.

Hiere tirano, hiere á tu víctima. Su sangre corresponde al esposo que ella ha elegido. Ya es tiempo de derramarla. La misma *Ines* es quien te exhorta y quien te anima para que concluyas tu obra y consumas su sacrificio, Acaba..... ¿en que te detienes? *Quid, percussor, moraris* (1). Ella misma parecia que provocaba á la mano encargada de descargarla el golpe fatal. Se detenia no obstante. *Stetit. Oraba. Oravit.* Y por fin, inclinó aquella respetable cabeza, adornada ya con la duplicada corona del pudor y de la fé. *Cervicem inflexit* (2).

¡Quanto estimára yo, hermanos míos, poder fixar vuestra consideracion sobre el encendido y sangriento parage de su suplicio! Allí veríais. *Cerneret.* Allí veríais, como lleno repentinamente de horror el executor de la justicia, se negaba casi á cumplir con su ministerio. *Cerneret trepidare carnificem.* Allí le veríais estremecerse, y, como si él mismo hubiera sido condenado, volver á otro lado su cabeza para no ver la víctima á quien iba á sacrificar. *Quasi ipse addictus fuisset.* Allí le veríais coger con una mano trémula el hierro que debia acabar con la vida de *Ines.* *Cerneret tremere percussoris dexteram.* Allí veríais cubiertos todos los semblantes de un color pálido, como triste imágen de la muerte. Todo se interesaba en el peligro de *Ines*, y todo temblaba por ella; á no ser aquella Santa, que era

Q 4

(1) Act. S. Agn. apud Bolland.

(2) Ambros. lib. 1. de Virg.

era quien solamente no temia nada de lo que la pudiera sobrevenir. En aquel lance tan generalmente tierno, á ninguno sino á ella se le dexaron de saltar las lágrimas. *Fleve omnes, ipsa sine fetu*. Y en una palabra; allí la oíríais dirigir sus últimas súplicas al cielo, con una firmeza y constancia digna de un apóstol.

Benedico te, Pater (1). ¡O Dios mio! ¡ó Padre mio! yo adoro tus decretos. En medio de mis trabajos reconozco tus beneficios, y mi corazon te manifiesta bien claramente mi reconocimiento. He creído, y he esperado. Ya veo lo que creía y lo que esperaba: ya lo poseo. Amigos míos, parientes, y vosotros sensibles christianos que os interesais en mi suerte, dexad, dexad de llorar, dexad de sentirme: participad mas bien de mi alegría... *Congaudete mecum*. Alabad mi victoria, que es la de la Religion y la vuestra. *Congratulamini*.

Al estar hablando de este modo, se levantó el cuchillo y descargó el golpe. A la fuerza de este, cayó, y espiró bañada en su misma sangre. De este modo triunfó *Ines* por su muerte de la idolatría. *Victimas*. Por su gloria sí que triunfará mucho mejor de ella. *Gloriam*.

Los primeros héroes del Evangelio fueron los primeros mártires. Pero saliendo muy en breve la Religion triunfante de su sepulcro por su suplicio, se hace mas temible á la idolatría; y por sus sucesos mas poderosa. Amontonados sus cadáveres, sirven como de esca-

(1) *In Offic. S. Agnet. Brev. Rom.*

lonas al Evangelio para subir hasta el trono de los césares. Sus sagradas cenizas aun hacen temer á los tiranos y cambiar su furor en admiracion. A las persecuciones es, como dice Tertuliano (1), á quienes debe la Iglesia su estabilidad y subsistencia.

Semejante á esta es tambien la gloria que corona el martirio de *Ines*. Como victima inmolada al furor de la idolatría, causa su terror despues de su muerte, del mismo modo que fué su admiracion durante su vida. No sucede así con vosotros, grandes del mundo, que muertos y depositadas vuestras cenizas en unos soberbios mausoléos, ofrecen á todo el Universo un triste espectáculo de las vanidades humanas. Esos sepulcros honrados con tantos títulos pomposos, no sirven muchas veces en la memoria de los hombres, sino para eternizar con la memoria de vuestros empleos la de vuestros crímenes.

Ines es cierto que espiró; pero desde aquel mismo instante se empezó á manifestar su triunfo. Parece que sobreviviendo á sí misma respira todavia en las sagradas cenizas que se veneran sobre los altares. ¿Que han venido á ser en substancia aquellos jueces tan temibles, aquellos emperadores famosos y aquellos mismos Dioses del paganismo, de Roma y del Universo? Nada á la verdad, porque ellos ya no existen sino entre las ruinas de Roma. La suerte de *Ines* es muy diversa. En vano se habia propuesto aquella ciudad la religiosa obli-

(1) *Ecclesia persecutionibus stetit.*

gacion de anunciar la muerte de los christianos como llena de oprobio y de deshonra; porque no podia Roma manchar la reputacion de *Ines* con aquella pretendida infamia con que obscurecia á todos los mártires del christianismo. En el dia en que acabó nuestra Santa con su vida empezó su culto. Culto otro tanto mayor y mas apreciable en quanto confundió á la idolatría, no pudiéndole detener ésta en su rápido vuelo, obscurecer su brillo ni detener su celebridad. Aunque estaba todavía Roma entregada á los ídolos, no por eso dexó de llegar á ser á sus mismas puertas el sepulcro de *Ines* un famoso templo, que consternó con sus prodigios hasta los mismos césares que se hallaban sobre el trono, pareciendo igualmente que vaticinaba con su nombre la ruina de aquellas falsas divinidades para quienes era tan fatal.

Si yo, hermanos míos, me hubiera cefido solamente á la idea de manifestaros á *Ines* triunfante de la idolatría por su muerte, encontraria en la discusion de trece siglos infinitos rasgos que confirman admirablemente su gloria. Os haria ver, que introducido su culto por el respeto y por el zelo, debió muy en breve al reconocimiento público los mas rápidos progresos; y que á la primera fiesta que se estableció en honor suyo, sucedió inmediatamente otra en la Iglesia latina, á quien tambien procuró imitar con la suya la Iglesia Griega (1).

Os

(1) Bayllet, 21 de Enero. Culto de Santa *Ines*.

Os estimularia á que sobre el sepulcro de *Ines* consideraseis asimismo á una augusta princesa, que la tributaba el homenaje correspondiente á su grandeza, porque estaba creida de que la debia á ella la vida. Os haria notar, que el exemplo de su constancia, fué como el origen y señal de aquellas útiles y edificativas congregaciones que se levantaron despues baxo los auspicios y proteccion de *Santa Ines* (1).

Haria un conjunto de aquellas magestuosas ideas que contienen los sabios panegiricos pronunciados en su alabanza por los Ambrosios, los Máximos, los Thomases de Aquino, los Buenaventuras, los Guillemos de Paris, Alberto el Grande, y Dionisio el Cartujo.

Haria una no interrumpida enumeracion de los varios zelosos defensores que encontró *Ines* en todas las partes del mundo christiano. Os diria, que en España formó de su vida el Poeta Prudencio la materia de sus poemas. Que en Francia tomó Sulpicio Severo el asunto de sus elogios. Que por quantas partes estableció San Martin la Religion christiana, extendió la veneracion de *Santa Ines*. Que San Agustin la propuso en Hipona como un modelo. Que San Gregorio el Grande la dió á conocer en Roma como un prodigio. Y, en fin, que San Gerónimo asegura, que el nombre de *Santa Ines* ha llegado á ser célebre en todas las naciones, y publicadas sus alabanzas en todas las lenguas.

Aun

(1) La de las Hijas de Santa *Ines*.

Aun proseguiría hablando del zelo con que muchas naciones envidiaban la fortuna de poseer sus sagradas reliquias. Este fué un tesoro que baxo el império de Teodosio el Joven recibió Constantinopla con reconocimiento, y contó la Francia, despues que se hizo christiana baxo el mando de Clovis, entre los primeros monumentos dignos de su piedad. Yo no pasaré en silencio, que casi desde el nacimiento de la fé fué en esta capital consagrado á Dios un altar con la invocacion de *Santa Ines* (1). Honrada de este modo, podemos muy bien decir, que si no se ha conservado en este templo el nombre de tan illustre mártir, permanece á lo menos en él un zelo siempre igual por su culto, una total confianza en sus preciosas reliquias, y un reconocimiento siempre nuevo á sus beneficios.

Pero todas estas ideas que manifiestan el constante triunfo de *Santa Ines*, no recuerdan mas que de un modo indirecto el que proporcionó su muerte á la Religion. En efecto si reflexionais sobre la historia de la Iglesia advertireis, que desde la muerte de *Santa Ines* es desde la que se puede fixar la data de aquellos dichosos dias en los que empezaron los ídolos á tener menos adoradores y Jesu-Christo mas discípulos. Murió *Ines* (no se puede negar); pero desde el mismo siglo en que espiró principiò la época favorable en que la Iglesia enjugó sus lágrimas; dexó de ser cau-

(1) Capilla de Santa Ines. Iglesia de San Eustaquio. Véase á Bayliet, y al Abad Lebeuf.

tivada la divina palabra; se postraron los príncipes á vista de las naciones delante del Dios muerto en el Calvario; reconoció Constantino, vencedor de Maxencio, que la victoria que consiguió se la debía á Jesu-Christo, y llegó á ser la Religion sagrada de los césares aquella á quien ellos mismos perseguian. No han faltado algunos entre los zelosos devotos de *Santa Ines*, que hayan mirado el triunfo y la paz de la Iglesia como una recompensa de su martirio.

Decia al principio de mi discurso, que *Ines* habia hecho á la Religion durante su vida respetable á la idolatría; que en esto consistian los exemplos de su santidad. *Exemplum virtutis*: y que por su muerte hizo triunfar á la Religion de la idolatría: ved aquí en substancia los exemplos de su fortaleza. *Exemplum fortitudinis*. Vosotros, hermanos míos, os podeis y debeis aprovechar de ellos. Ya habeis visto las virtudes de *Santa Ines*; pues mirad ahora aquí sus reliquias. Estas os patrocinan; pero aquellas os condenan. ¡Ah christianos! decia San Juan Chrisóstomo, bien podeis temer, que cogiendoos algun dia en semejante disposicion sea vuestro juez aquella á quien hoy implorais como vuestra protectora.

Ines venció, tanto la debilidad de su sexò, quanto el furor de un titano. *Ætatem vicit, et tyrannum*. Este es pensamiento de San Gerónimo. Ya, pues, no teneis que buscar ni en la fogosidad de la juventud, ni en el peligro de las ocasiones unos vanos y fútiles pretextos para que justifiquen vuestras infidelidades. Así es como concluye San Ambrosio-

